

CAPÍTULO TERCERO  
OCTAVIO PAZ: *OBSERVADOR COMPROMETIDO*  
DE LA POLÍTICA NACIONAL E INTERNACIONAL

I. MÁS ALLÁ DE LA DICTADURA Y LA DEMOCRACIA: LA BUROCRACIA.  
EL CASO PECULIAR DE MÉXICO

... o damos un paso definitivo  
hacia la democracia o la nación  
se estanca.

*El peregrino en su patria*

Es cierto que Octavio Paz no fue el primer intelectual mexicano del siglo XX en señalar la necesidad de la democracia en México, hubo otros antes: pienso en Jorge Cuesta y Daniel Cosío Villegas, el valor civil que demostró cuando muchos otros callaban o aceptaban prebendas gubernamentales es innegable. Sin duda alguna, el poeta mexicano fue uno de los más convencidos y convincentes escritores en el tema de la democracia, aún antes de ingresar al Servicio Exterior Mexicano.

Si bien Paz nunca fue miembro o colaborador del Partido Acción Nacional, respetó a su fundador, Manuel Gómez Morín, y reconoció su legitimidad histórica como partido de oposición y heredero ideológico del Partido Conservador del siglo XIX y su lucha por abrir espacios democráticos en México. Criticó con razón la empatía del PAN con el dictador español Francisco Franco. ¿Cómo puede un partido democrático tener nexos con una dic-

tadura? Ese esquema al parecer no lo repitió posteriormente con dictaduras militares en Iberoamérica.

Afortunadamente, Paz no estuvo siempre solo en el ámbito intelectual en la lucha por abrir espacios democráticos en el Estado mexicano. Gabriel Zaid y Enrique Krauze junto con él desde la revista *Vuelta*, escribieron magníficos artículos en junio de 1985 sobre el fin del PRI como partido mayoritario y el inevitable proceso de democratización de México. Las tres colaboraciones de ese entonces se convirtieron en presagio y a la vez en una sensata esperanza: el país no puede progresar ni tener desarrollo sostenido con un sistema hegemónico de partido *paragubernamental* (apéndice del gobierno) que no de Estado. Los tres artículos ya han sido previa y sucintamente comentados en este ensayo.

Paz fue un convencido de la política. De ahí que escribiera: “Sin política no hay organización social, ni convivencia ni cultura: no hay sociedad”.<sup>178</sup> No exagero al decir que Paz fue un hombre político, al estar inmerso en su *Polis*, como buen heredero de la cultura griega, el poeta vivía en un proceso de formación constante y por eso no podía ni quería sustraerse del entorno político. De su interés por la política, Octavio Paz escribió páginas interesantes sobre la democracia. Es más, convencen más los textos de Paz que el texto constitucional en cuanto a la definición conceptual de democracia. La Constitución mexicana expresa en su artículo tercero que la democracia es un sistema de vida. En cambio el poeta ha escrito: “La democracia es una convivencia no sólo de personas sino de ideas, religiones y filosofías”.<sup>179</sup> También dice: “La democracia... es un método de convivencia civilizada”.<sup>180</sup> Desde mi punto de vista, la convivencia civilizada empieza en casa, con la educación.

La educación se demuestra con el respeto a la Constitución y las leyes, así como reglamentos y otras disposiciones jurídicas como

<sup>178</sup> Paz, Octavio, *Itinerario*, *cit.*, p. 225.

<sup>179</sup> *Ibidem*, p. 124.

<sup>180</sup> *Ibidem*, p. 125.

son la jurisprudencia, las sentencias, los contratos, etcétera. Sin Estado de derecho y sin educación es inviable la democracia. Una democracia hueca no sirve para el desarrollo integral del país.

Si Ortega y Gasset se especializó en el estudio del comportamiento de las masas humanas, Paz observó con más detalle el fenómeno de la burocratización en los Estados y la deformación que provoca. Con anterioridad he citado textos de Paz sobre la burocracia. Más allá del discernimiento entre democracias y dictaduras, lo que le llamó más la atención al poeta fue cómo las burocracias interfirieron en la vida pública. Considero que el fenómeno burocrático no es privativo de las dictaduras de cualquier signo, las democracias también lo padecen.

¿Qué es la burocracia? Burocracia es un término híbrido, parte viene del francés y parte del antiguo griego. Para Joan Coromina —Paz admiraba su imprescindible obra—, una de las máximas autoridades en el conocimiento de las etimologías, el término burocracia proviene de la Francia de la primera mitad del siglo XIX, del francés *bureau* que significa oficina y del antiguo griego *kratos*, que significa poder. En alemán la palabra *Büro* también significa oficina y se pronuncia igual que en francés.

Uno de los ensayos —que fue en realidad una extensa carta a Adolfo Gilly que estaba preso en Lecumberri por motivos político-ideológicos— más interesantes que aborda el problema de las burocracias lo escribió Paz en 1972 y que lleva como título *Burocracias celestes y terrestres*. En él Paz sostiene:

... Ante el carácter jerárquico y autoritario de la sociedad soviética Trotsky se preguntó cuál era su verdadera naturaleza, es decir, su composición social, las relaciones entre las clases y los medios de producción y la determinación de la clase que ejercía efectivamente la dominación económica y política. Después de desechar la hipótesis del capitalismo de Estado, llegó a la conclusión de que se trataba de un Estado obrero degenerado, *una sociedad contradictoria a medio camino entre el capitalismo y el socialismo*. Estado obrero porque el proletariado había tomado el poder sin haber consumado totalmente la transformación socialista; de-

generado, porque *aunque los medios de producción pertenecen al Estado, éste pertenece, por decirlo así, a la burocracia*. La degeneración, la enfermedad social del Estado y de la sociedad, era la burocracia y sus encarnación visible el secretario general del Partido, Stalin. Pero la enfermedad no era constitucional: Trotsky se negó siempre a considerar a la burocracia como una clase, ya que su dominación no se fundaba en la propiedad de los medios de producción. La burocracia era una casta usurpadora y de ahí que no constituyese realmente una alternativa histórica... La supervivencia de la burocracia soviética y su proliferación en muchos otros países revela que no es una enfermedad pasajera del Estado nacido de la Revolución... La situación de la burocracia es *ilegítima* pero ¿no sucede lo mismo en las sociedades capitalistas? La burguesía gobierna en nombre del pueblo y la burocracia en nombre del proletariado... La historia es diacrónica: variación, cambio. Es el mundo de lo imprevisible y lo singular, la región en donde *el día menos pensado* es el día histórico por excelencia. Por eso nos da la sensación, quizá ilusoria, de ser el dominio de la libertad: la historia se nos presenta como una posibilidad de escoger. Usted escogió el socialismo y por eso está en la cárcel. Este hecho me lleva a mí a escoger y condenar a la sociedad que lo encarcela. Así, al menos en ciertos momentos, nuestras diferencias filosóficas y políticas se disuelven y se resuelven en esta proposición: hay que luchar contra una sociedad que encarcela a los disidentes.<sup>181</sup>

De lo anterior, me permito hacer una precisión: no es la sociedad la que ha encarcelado a sus disidentes, es propiamente el Estado en su conjunto, con su *ius puniendi*, su facultad de castigar, la que de manera legítima y también de manera arbitraria encarcela. Ha habido muchos casos de presos políticos como Gilly, Revueltas y tantos otros en México. No es menos cierto que ha habido un número importante de escándalos de corrupción, lo que se ha traducido en que haya políticos presos. Si no están todos los políticos que han cometido delitos graves en la cárcel, es precisamente por la impunidad que ha imperado en

<sup>181</sup> Paz, Octavio, *Obras completas, cit.*, t. 14, pp. 304-306 y 311.

nuestro país. Así pues, no hay que confundir: no es lo mismo ser *preso político* que *político preso*. El primero llega a la cárcel por sus ideas políticas, el segundo porque como miembro de la clase política y burocrática comete un delito que amerita la privación de la libertad. Hay un caso terrible y paradójico en la historia de México en la que un personaje fue primero preso político por ser opositor de un régimen autoritario y posteriormente de manera ilegal, traicionera y tramposa fue hecho prisionero en su calidad de presidente de la República (Francisco I. Madero).

Por otra parte, es claro, que la burocratización comenzó antes de la Revolución rusa y su producto fue la Unión Soviética, pero en el Estado fundado por Lenin el fenómeno burocrático se hizo más grande y evidente. Lenin le dio a Stalin la oportunidad de incrementar su radio de acción política al nombrarlo secretario general del Partido Comunista. Desde el Partido se controlaba al Estado. Lenin se percató muy tarde de su error, y su testamento político —donde se refería a la rudeza del georgiano— no impidió que Stalin desplazara a Trotsky, una vez muerto Lenin.

Paz cita un pasaje histórico en *Tiempo nublado* donde se hace constar la rápida deformación burocrática del naciente Estado soviético:

Lenin, Trotsky y los otros bolcheviques esperaban que la revolución obrera europea, sobre todo en Alemania, cumpliría al fin la profecía de Marx y Engels: el socialismo nacería en los países industriales de Occidente, los más avanzados y con una clase obrera dueña de una tradición de luchas democráticas. Sin embargo, en 1920, en un discurso en el que critica a Trotsky con acerbá vehemencia, Lenin dijo: *El camarada Trotsky habla de un Estado obrero. ¡Eso es una abstracción! Era normal que, en 1917, hablásemos de un Estado obrero... pero hoy nuestro Estado es más bien un Estado con una deformación burocrática. Esta es la triste etiqueta que debemos pegarle... El proletariado, ante un Estado así, debe defenderse.*<sup>182</sup>

<sup>182</sup> Paz, Octavio, *Tiempo nublado*, México, Seix Barral, 1984, p. 59.

Cuando Lenin nombró secretario general del Partido Comunista a Stalin, abrió las puertas de la burocratización del Estado soviético. Stalin tendría mucho poder, precisamente al controlar la nueva burocracia.

Poco más adelante, el escritor hace alusión de un libro importante sobre el tema de la burocratización: *La bureaucratization du monde* de Bruno Rizzi que apareció en 1939, justo en el año que inició la Segunda Guerra Mundial. Sobre este libro Paz ya se había pronunciado antes en *El ogro filantrópico*. El libro del marxista italiano según el poeta fue un libro poco conocido y a la vez muy plagiado. Paz lo recupera para su análisis y dice: “En forma embrionaria, más intuitiva que científica, Rizzi postula por primera vez, no ya como una posibilidad remota sino como una realidad visible en la Rusia de Stalin y en la Alemania de Hitler, la idea de un nuevo régimen que sucedería al capitalismo y a la democracia burguesa: el colectivismo burocrático”.<sup>183</sup>

Las masas no sólo se habían rebelado como lo hizo constar Ortega y Gasset, sino que ahora habían tomado la forma burocrática, algo más formal y no menos terrible. De ahí que el poeta desconfiara de las estructuras burocráticas para el desarrollo democrático.

Paz consideró al final de su vida que México tenía una peculiaridad política: no padecía una dictadura militar, pero tenía un partido hegemónico que si bien no impedía el pluralismo totalmente, sí lo entorpecía. Ciertamente las enormes corporaciones del PRI y las burocracias del gobierno federal —sin excluir a la administración paraestatal— y de los gobiernos locales eran manipuladas a favor del régimen, en particular en tiempos electorales. No obstante, México en el siglo XX, después de la Revolución no podía presentarse en el concierto de naciones como una democracia formal y material, aunque tenía un discurso democrático y la propia Constitución reconocía entre las características de la República mexicana la democracia (artículo 40). No

<sup>183</sup> *Ibidem*, p. 60.

es menos cierto que la política exterior del Estado mexicano trató de salvar el prestigio político del gobierno en turno y, también —como sostenía Mario Ojeda en *El Colegio de México* hace varias décadas—, legitimar al sistema político mexicano en su conjunto. La proscripción de ensayos nucleares, la autodeterminación de los pueblos y la solución pacífica de las controversias, entre otras, brillan por su humanismo.

Había una profunda contradicción entre la política interior y la política exterior. La interior fue siempre más demagógica, controladora y en algunos momentos represiva. La exterior, más noble, inteligente, defensora de los derechos humanos y en algunos momentos tan brillante que las potencias miraron con atención hacia México.

La peculiaridad del antiguo régimen mexicano no le quitaba el acento oligárquico y por tanto dictatorial, disfrazado de revolucionario y con discursos democráticos. Sin duda, uno de los defectos más visibles y terribles del sistema que padeció México fue precisamente la burocracia. Este término entraña varias ideas: lentitud administrativa, corrupción, desgano laboral, etcétera.

El sistema político de México empezó a cambiar en septiembre de 1997, pocos meses antes de que muriera Octavio Paz, cuando el PRI perdió la mayoría en la Cámara de Diputados. Así el escritor vio por lo menos un aviso de cambio democrático: ya había iniciado el equilibrio y división de los poderes públicos en su patria, algo que imaginó Montesquieu en el siglo XVIII y que se hizo constar también en el artículo 16 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en agosto de 1789.

¿No es la burocracia un freno para la incipiente democracia mexicana? Paz sin dudar diría que sí. Para él y tiene razón, la democratización no sólo es el espacio propicio para que los electores escojan a sus gobernantes y legisladores, la democratización también debe darse en la vida interna de todos los partidos políticos y de los grandes sindicatos de trabajadores. No es suficiente la alternancia de poder a nivel federal, tiene que permear en todos los niveles. Todavía hay prácticas caciquiles en gobiernos

locales y municipales. Si hay equilibrio de poderes a principios del siglo XXI en México a nivel federal, esto no es así en todas las entidades federativas. Pienso además que el ejercicio democrático debe extenderse a otras instituciones, por ejemplo las que están dedicadas al deporte. La inercia autoritaria y la burocratización están presentes todavía en el nuevo sistema pluripartidista mexicano, y por tanto impiden su desarrollo político pleno.

Octavio Paz alguna vez negó tajantemente la etiqueta de *surrealista* para el sistema político mexicano y por eso lo denominó peculiar. Interpreté su posición como una defensa al movimiento surrealista o dicho de otro modo, le parecía una ofensa que se comparara el surrealismo con un sistema político que tuvo algunas virtudes y muchísimos defectos; sin embargo, eso no le quita el carácter surrealista a México. Las declaraciones que en diferentes momentos hicieron André Breton y Eugenio Salvador Dalí constatan el surrealismo mexicano. Agrego la cita atribuida al filósofo Uranga que confirma la vocación surrealista: “Si Kafka viviese en México, sería un escritor costumbrista”.

## II. ANÁLISIS DEL PROBLEMA DEL PODER Y EL PÉNDULO DE LA DICTADURA A LA ANARQUÍA Y DE LA ANARQUÍA A LA DICTADURA

Después de haber destruido la dictadura de Porfirio Díaz, el país parecía condenado a repetir otra vez (y para siempre) el ciclo monótono y sangriento de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura.

*Posdata*

Octavio Paz fue un atento e inteligente observador de la naturaleza humana. De ahí que algunos temas le llamaran la atención: el lenguaje y la literatura; la poesía y el erotismo; la libertad

como preocupación central de la ética; la cultura, la historia y la antropología y también sin duda la política y dentro de ésta, dos aspectos importantes que pueden llevar a la obsesión: la autoridad y el poder.

Paz, como muchos mexicanos en el siglo XX, sufrió el exceso de poder de esa doble realidad *presidencialismo-PRI*. El autoritarismo presidencial que padeció México durante la mayor parte del siglo pasado fue uno de los aspectos que más estudió el autor de *El laberinto de la soledad* y por eso fue uno de los críticos más lúcidos. Desde luego su imán cultural provocó envidias y malentendidos y el poder presidencialista trató de seducirlo más de una vez.

Las reflexiones del poeta sobre el poder son fecundas y vigentes, porque él se anticipó entre los intelectuales de su generación a postular la necesidad de una democracia para hacer de México una sociedad abierta y participativa.

El periodo revolucionario implicó diversas facetas políticas: de la dictadura de Díaz se pasó a un suspiro democrático con Madero —aunque la burocracia, el ejército y los factores reales de poder eran porfiristas y casi estuvieron intactos— y de la democracia pasamos al golpe de Estado con pésimo disfraz constitucional a cargo de Victoriano Huerta. De la nueva dictadura que fue muy breve pasamos a la anarquía y en ella se vivieron intensos momentos revolucionarios. La constitucionalización de la Revolución en 1917 no impidió el fin de la guerra civil. Carranza cayó en medio de un golpe de Estado tramado por los sonorenses. El ascenso legal, primero de Adolfo de la Huerta y después de Obregón y Elías Calles confirmó la vocación caudillista de la Revolución. La institucionalización de la Revolución en 1946 no garantizó la democracia de México, aunque sí se vivió la estabilidad social y económica a través de una gobernabilidad autoritaria durante algunos lustros.

Octavio Paz sabía perfectamente que el Partido Nacional Revolucionario fundado en marzo de 1929, no fue creado para que la democracia emergiera en México, sino que fue un partido para controlar y disciplinar los apetitos políticos y económicos de los

distintos grupos revolucionarios, donde había civiles y militares. Sin embargo, en una entrevista que concedió en noviembre de 1968 la cual es recogida por Fernando Vizcaíno en su libro *Biografía política de Octavio Paz o la razón ardiente*, el poeta declaró algo a mi juicio histórica y políticamente inexacto: “Después de la Revolución hubo una especie de tregua y la expresión de esa tregua fue el PNR, partido que defendía al pueblo y a la Revolución”.<sup>184</sup>

En realidad el Partido Nacional Revolucionario y sus herederos el Partido de la Revolución Mexicana y el Partido Revolucionario Institucional nunca han defendido propiamente al pueblo de México y tampoco a esa extraña abstracción llamada Revolución mexicana. En realidad la clase gobernante de 1929 en adelante defendió sus intereses políticos y fomentó sus intereses económicos propios.

Plutarco Elías Calles no fundó el PNR por amor a México, y el antiguo caudillo mintió en su último informe de gobierno ante el Congreso federal en 1928 cuando dijo que México dejaba de ser un país de caudillos para convertirse en un país de instituciones. La verdad histórica es que el poder se concentró en un partido dirigido desde la Presidencia de la República para mantenerse en el poder.

De 1929 a 1997 podemos hablar de hegemonía de un partido, de oligarquía o simplemente de una dictadura peculiar, pero definitivamente no había en sí democracia, hubo algunas aperturas y reformas políticas que permitieron que finalmente en 2000 hubiera alternancia en la Presidencia de la República, pero la democracia no se ha consolidado.

Octavio Paz ha tenido reflexiones interesantes sobre la Revolución mexicana. Alguna vez dijo en televisión, con base en una cita del historiador francés Francois Furet, que la Revolución francesa tuvo en sí misma varias revoluciones y que la Revolución mexicana igualmente tuvo en su seno varias revoluciones.

<sup>184</sup> Citado por Vizcaíno, Fernando, *Biografía política de Octavio Paz o la razón ardiente*, cit., p. 126.

En su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura en 1990 recogido en su libro *Convergencias* Paz escribió:

A diferencia de las otras revoluciones del siglo XX, la de México no fue tanto la expresión de una ideología más o menos utópica como la explosión de una realidad histórica y psíquica oprimida. No fue la obra de un grupo de ideólogos decididos a implantar unos principios derivados de una teoría política; fue un sacudimiento popular que mostró a la luz lo que estaba escondido. Por esto mismo fue, tanto o más que una revolución, una *revelación*.<sup>185</sup>

Efectivamente la Revolución fue una revelación para los mexicanos, nos descubrimos otra vez. Aún así, no salimos inmediatamente del laberinto que habíamos construido como una nación confrontada en sí misma.

Si bien es cierto, Paz criticó severamente el papel del PRI y lo calificó como obstaculizador para el desarrollo de un México moderno, el origen del PNR como partido nacionalista y corporativista no está en el servicio al país sino en la necesidad de frenar las luchas intestinas entre los diversos grupos revolucionarios, donde militares y civiles se confunden con títulos y orgullos vanos. Al inventar el PNR, Calles logró detener la violencia extrema revolucionaria, reorganizó los factores de poder, cambió su estrategia contra la Iglesia católica, pero en estricto sentido, su partido y sus dirigentes reales y formales no defendieron al pueblo, ¿de quién debían defenderlo? Aunque hubo diversos estilos de gobierno y el de Lázaro Cárdenas ha sido el más descollante entre los emanados de la Revolución mexicana por su timbre popular y por su cercanía a la población, los gobiernos de la República y el partido hegemónico de 1929 a 2000 —año en que perdió la Presidencia de la República— no cumplieron muchas de las promesas revolucionarias hechas a los trabajadores y campesinos.

Desgraciadamente, la pobreza se incrementó no sólo en número de personas sino en intensidad, millares de campesinos abandona-

<sup>185</sup> Paz, Octavio, *Convergencias*, Barcelona, Seix Barral, 1992, p. 15.

ron el campo, millones de trabajadores han sido explotados y sometidos a una oligarquía sindical y los niveles de desarrollo económico y social no fueron los que reclama con justicia la población.

Es cierto que el poder despierta interés en muchas personas para acceder a él, pero también hay muchos hombres y mujeres que sólo les interesa como tema de estudio. Otros en cambio, son indiferentes al poder y también hay gente que lo rechaza o incluso quiere destruirlo porque el poder le es repugnante.

Paz nos comenta en *Posdata*:

Un ejemplo muy claro de esta repugnancia ante el poder —o de esta incapacidad para conquistarlo— es Hidalgo y su ejército de campesinos ante la Ciudad de México: la saben inerme y abandonada pero no se atreven a tomarla; dan marcha atrás y unos meses después el ejército campesino es aniquilado e Hidalgo fusilado. En el periodo revolucionario, durante la ocupación de la capital por las tropas de Zapata y Villa, los dos jefes populares visitaron el Palacio Nacional; todo el mundo sabe que Zapata vio con horror la silla presidencial y que, a diferencia de Villa, se negó a sentarse en ella. Más tarde dijo: “deberíamos quemarla para acabar con las ambiciones”. (Una observación al pasar: la supersticiosa veneración que inspira a los mexicanos la Silla Presidencial —aquí las mayúsculas son de rigor— es un indicio más de la permanencia de lo azteca y lo hispanoárabe en nuestra sensibilidad; el culto que profesamos al poder está hecho de adoración y terror: los sentimientos ambiguos del cordero frente al cuchillo.) Zapata tenía razón: el poder corrompe y deberíamos quemar todas las sillas y tronos. Ahora bien, en el contexto inhumano de la historia, particularmente en una etapa revolucionaria, la actitud de Zapata tenía el mismo sentido que el gesto de Hidalgo ante la Ciudad de México: a aquel que rehúsa el poder, por un proceso fatal de reversión, el poder lo destruye. El episodio de la visita de Zapata al Palacio Nacional ilustra el carácter del movimiento campesino y su suerte posterior: su aislamiento en las montañas del sur, su cerco y su final liquidación por obra de la facción de Carranza.<sup>186</sup>

<sup>186</sup> Paz, Octavio, *Posdata, cit.*, pp. 88 y 89.

Paz, como otros autores, considera que pueden coexistir la libertad por una parte y la autoridad y el poder por otra. No es menos cierto que el abuso de la libertad es libertinaje y el abuso de la autoridad y el poder es autocracia. En este sentido, el poeta guarda el equilibrio aristotélico: el justo medio. Hay que equilibrar el ejercicio del poder con el ejercicio de las libertades humanas. No se puede destruir el poder, ¿entonces qué hacer con él? Si bien Paz considera el peligro que corre el hombre con el poder: la corrupción, su visión política no fue anarquista. No sólo creyó en las artes y la cultura, el poeta también creyó en el orden. Considero que Octavio Paz pudo haber hecho suyas las palabras del filósofo ítalo-germano Romano Guardini: “Por sí mismo el poder no es ni bueno ni malo; sólo adquiere sentido por la decisión de quien lo usa. Más aún, por sí mismo no es constructivo ni destructor, sino sólo una posibilidad para cualquier cosa, pues es regido esencialmente por la libertad”.<sup>187</sup>

No se puede abolir el poder y no se pueden terminar las ambiciones humanas por alcanzarlo. De ahí que Octavio Paz como estudiante de derecho y como atento observador político que fue, sabía muy bien, que frente al poder lo mejor es una regulación jurídica adecuada para controlarlo. Desde luego, esto no es suficiente, tiene que generarse un clima de condiciones políticas, económicas y sociales para que quien ejerza el poder no abuse de él y por tanto de los gobernados y sus derechos humanos.

Si Lord Acton decía que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente, la repulsión de Zapata al señalar que la silla presidencial estaba embrujada y habría que quemarla, es la manera simple y popular de convalidar la sentencia del barón inglés.

Como es natural, Octavio Paz no siempre acertó en sus análisis políticos. En su ensayo “México: modernidad y patrimonialismo” escrito entre el 23 de diciembre de 1989 y el 5 de enero de 1990 y que fue incluido en *Pequeña crónica de grandes días*,

<sup>187</sup> Guardini, Romano, *El poder*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1977, p. 18.

no hubo el rigor crítico que le caracterizó a sus escritos. Paz le dio un bono de confianza al gobierno de Salinas de Gortari que recién comenzaba:

El informe del presidente Salinas de Gortari al Poder Legislativo, el primero de diciembre pasado —hay un error, que se repite en la edición de las *Obras Completas*, porque fue el 1 de noviembre de 1989—, rompió con la liturgia oficial. Los que vimos en la pantalla de televisión, no presenciábamos una ceremonia: asistimos a un acto político. Toda reforma debe comenzar por el lenguaje... el informe fue notable, sobre todo, por su contenido... Su tema fue la reforma del Estado y la tradición de la Revolución mexicana... Salinas distinguió entre el Estado propietario y el Estado justo... El Estado justo no pretende suplantar a los verdaderos protagonistas del proceso económico: empresarios y trabajadores, comerciantes y consumidores. Una lógica rige a la actividad económica y otra a la política. Respetarlas es el comienzo del arte de gobernar. El Estado justo no es productor pero vela porque los productores —empresarios y trabajadores— realicen sus funciones en las mejores condiciones posibles y, dentro de los límites legales, con la mayor libertad. Tampoco es distribuidor: garantiza la libertad de comercio, protege a los consumidores y se esfuerza porque los distribuidores no engañen, abusen, roben, o cometan otros excesos. El Estado justo no es omnipotente y muchas veces falla; lo reconoce y no castiga a sus críticos. No es omnisciente y se equivoca; sabe que el remedio está en el libre juego de las fuerzas sociales. Confía en el doble control del mercado y la democracia... Se ha dicho que el Estado justo es infiel a la tradición revolucionaria mexicana... En México los orígenes del Estado propietario son más antiguos que el marxismo, la crisis de 1929, Roosevelt y Keynes. El Estado propietario nace en Nueva España y es un trasplante del absolutismo español... El patrimonialismo ha desaparecido en España; sigue vivo en México. Al patrimonialismo le debemos muchas cosas, unas abominables y otras admirables. Entre las primeras están la corrupción, el nepotismo, el espíritu cortesano, las camarillas, el compadrazgo y otros vicios de nuestra vida pública. Entre las segundas, buena parte de

la espléndida arquitectura novohispana, los mecenazgos a favor de muchos artistas, la preocupación por los desvalidos y, en fin, esa mezcla de espíritu justiciero, demagogia e ineficacia que hoy llamamos populismo... El patrimonialismo sido una constante de la historia de México... Durante el periodo virreinal los indios fueron substraídos a las leyes generales y vivieron bajo la tutela de jurisdicciones especiales. La Constitución liberal de 1857 los liberó de la tutela pero así los entregó, *ipso facto*, a la voracidad de los neolatifundistas. Aunque los gobiernos revolucionarios devolvieron la tierra a los campesinos, sometieron a los ejidatarios a una nueva tutela. Hoy son los menores de edad de nuestra sociedad... La crítica del Estado propietario se enlaza con la del patrimonialismo, es decir, con la historia de México...<sup>188</sup>

Efectivamente Carlos Salinas de Gortari había dicho en su primer informe de gobierno el 1o. de noviembre de 1989 —los informes de gobierno en el sexenio de Salinas por disposición constitucional fueron cada 1o. de noviembre— que había que acabar con el Estado propietario para establecer el Estado justo en México. Demagogia pura. El gobierno de Salinas terminó de dismantelar gran parte del sector paraestatal, en su mayoría improductivo, pero eso no se tradujo en un beneficio para la población. Los monopolios estatales pasaron a ser monopolios privados en clara contravención al artículo 28 constitucional. ¿Puede ser un Estado justo el que propicia la concentración de riqueza en pocas manos y más aún en contra de lo dispuesto por la ley fundamental mexicana?

Tenía razón Paz al decir que España, con una monarquía constitucional, no es Estado patrimonialista y México sí. En estricto sentido, el Estado patrimonialista en México ya no existe, pero no se debe a que Salinas y los tecnócratas hayan instaurado el Estado justo, sino porque el país se volvió patrimonio de unos cuantos políticos, líderes sindicales y empresarios. La tremenda desigualdad social se incrementó en el sexenio de Salinas y algo peor: la corrupción. El Estado justo sólo existió en el imaginario de

<sup>188</sup> Paz, Octavio, *Pequeña crónica de grandes días*, cit., pp. 68-70 y 74-76.

los tecnócratas. El Estado propietario de los populistas fue efectivamente ineficaz y corrupto, fue una ilusión. El petróleo que se extrae del territorio nacional no ha sido de los mexicanos, sino de un grupo minoritario (ya en tiempos de populistas, ya en tiempos de tecnócratas) que no ha dado cuentas claras ni buenas administraciones. Los procesos judiciales y administrativos contra líderes sindicales y ex directores de Pemex confirman mi aseveración.

Las palabras de Octavio Paz en *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* fueron más certeras que en el breve ensayo recién citado y en las que curiosamente podrían estar incluidos los dos últimos presidentes de la República de extracción priísta (Salinas de Gortari y Zedillo):

Los criollos no pudieron resolver la contradicción histórica a que se enfrentó la nación al otro día de la Independencia: el tránsito de la sociedad novohispana a la nueva nación independiente exigía, al mismo tiempo, una ruptura y una continuidad. Los criollos se dividieron: unos se decidieron por la ruptura, es decir, por la República federal, y los otros por la monarquía central. Ganaron, en apariencia, los partidarios de la federación; no obstante, en la realidad, México siguió siendo un Estado centralista y patrimonialista: no tuvimos reyes sino caudillos y dictadores constitucionales que llamamos presidentes.<sup>189</sup>

Considero que ha habido presidentes de la República que han dispuesto sobre los bienes del Estado mexicano como si fuesen propios. El abuso ha sido históricamente mayor por parte de presidentes de México que de reyes de España y sus virreyes.

A finales del gobierno de Salinas, Paz se vuelve a equivocar al decir: “Las reformas que ha llevado a cabo el gobierno de Salinas rompen, definitivamente a mi juicio, con el patrimonialismo tradicional de México. Ese patrimonialismo ha sido la gran piedra atada al cuello de nuestro país desde el siglo XVI...”<sup>190</sup>

<sup>189</sup> Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, cit., p. 62.

<sup>190</sup> Paz, Octavio, *Itinerario*, cit., p. 254.

Los beneficiarios de las reformas de Salinas fueron unos cuantos. La pretendida reforma del Estado fracasó y las prácticas de corrupción en aduanas, migración, cuerpos policíacos y oficinas gubernamentales, en particular agencias del ministerio público, no sólo no desaparecieron sino que se agravaron. Se fundó la Comisión Nacional de los Derechos Humanos en 1990 pero no dejaron de existir violaciones a los derechos humanos. La reprivatización bancaria fue a discreción del Ejecutivo y resultó ser también un desastre para el país. El narcotráfico creció de manera escandalosa y nuestra dependencia con el exterior, en particular con Estados Unidos se hizo más patente. El Tratado de Libre Comercio para América del Norte no cumplió con las expectativas. Los grandes sindicatos que soportan al PRI y el propio partido oficial no se democratizaron en perjuicio de sus agremiados y miembros. Salinas no renunció a su calidad de gran elector.

Al final del sexenio de Salinas no sólo hubo ingobernabilidad y falta de previsión económica que precipitó la crisis de diciembre de 1994 cuando iniciaba el gobierno de Zedillo, sino que se ahondaron gravemente las diferencias socio-económicas. El patrimonio de México no fue tutelado por el Estado, al contrario fue nuevamente despilfarrado y se duplicaron varios de los programas oficiales a través del Programa de Solidaridad. La justicia social no apareció. En marzo de 1994, el candidato priísta a la Presidencia de México, Luis Donaldo Colosio, pronunció un discurso con motivo del aniversario de su partido, diecisiete días antes de ser asesinado (cito de memoria): “México tiene hambre y sed de justicia”. La tecnocracia mexicana ni siquiera merece ser comparada con el despotismo ilustrado.

Con razón ha dicho Carlos Monsiváis: “A cambio de tantos aciertos, Paz tenía el derecho a equivocarse. Lo ejerció (véase *Itinerario*) en el caso de Carlos Salinas”.<sup>191</sup> Más adelante en relación al patrimonialismo afirma: “(Salinas) trasladó el patrimo-

<sup>191</sup> Monsiváis, Carlos, “Octavio Paz y la izquierda”, *Letras Libres*, México, núm. 4, abril de 1999, p. 35.

nialismo, y como nunca en nuestra historia, a manos del selectísimo grupo de empresarios que son hoy los dueños ostensibles del país, sin siquiera la esperanza de la renovación del voto”.<sup>192</sup> Monsiváis termina así su artículo sobre Paz: “Es vastísimo el aprecio a la obra de Paz y sus aportaciones a la democracia, y las discrepancias, por numerosas y significativas que sean, no impiden la continuidad ya sin fracturas del diálogo, abierto entre sus páginas”.<sup>193</sup>

Desde mi punto de vista, Paz se había equivocado al considerar que las reformas de Salinas de Gortari ayudarían a México, cuando el ánimo del entonces Ejecutivo Federal no fue democrático. Sus prácticas estaban envueltas en el típico presidencialismo autoritario: depuso y nombró gobernadores interinos, quitaba y ponía al frente de los grandes sindicatos gente de su confianza. Las reformas de Salinas no fueron democráticas.

Frente al poder, el poeta fue un liberal, es decir, creyente de la libertad humana en lo general y de las libertades constitucionales en lo particular. Fue un demócrata. Enrique Krauze considera que efectivamente su antiguo jefe fue un hombre liberal, pero como lo veremos más adelante hace clasificaciones de liberalismo que resultan discutibles. De Cosío Villegas también ha dado un perfil biográfico interesante y menos controvertido.

Krauze le puso adjetivo a la democracia y con ese pretexto escribió sobre Paz y Cosío Villegas lo siguiente:

Por un lado, en la tradición francesa, Paz creía que el Estado era el garante natural de las libertades. Por otro, en la tradición libertaria, defendía ferozmente la libertad de crítica. De hecho, su simpatía por el movimiento estudiantil de 1968 (como la de don Daniel) tenía un origen liberal más que democrático, aunque en Posdata Paz usara ambos términos como sinónimos. Cosío Villegas nunca vio que, en el caso mexicano, la única manera de acotar el poder presidencial priista era a través de la democracia. Octa-

<sup>192</sup> *Idem.*

<sup>193</sup> *Idem.*

vio Paz sí lo reconoció —algo tardíamente, a partir de 1984—, y la razón en ambos casos es muy clara: no creían en los partidos de oposición. Ninguno habría votado por el PAN (partido reaccionario, a su juicio, proclive a la Iglesia) ni por los antecesores del PRD, como el PSUM o el PMT (que en tiempos de Cosío ni siquiera tenían registro, y que, desde una perspectiva democrática y liberal, dejaban mucho que desear por su falta de espíritu autocrítico ante los horrores del *socialismo real*).<sup>194</sup>

Al respecto quiero comentar y agregar varios aspectos: primero, que no sólo la tradición francesa, también Hegel concebía al Estado como el reino ético de la libertad. Segundo, que Enrique Krauze está equivocado al decir que Paz reconoció tardíamente —1984— el valor de la democracia para acotar el presidencialismo autoritario. En realidad, el poeta fue de los primeros intelectuales que habló de la necesidad de la democratización del país y del PRI y hay que recordar que Paz a principios de los años setenta tuvo simpatía por participar activamente en la fundación de un partido de izquierda y concretamente con Heberto Castillo. Es verdad que finalmente no fue uno de los fundadores del Partido Mexicano de los Trabajadores, pero no es menos cierto que Paz se inclinaba más por la socialdemocracia que por un partido conservador —que por cierto siempre respetó, por reconocerle legitimidad histórica— como el Partido Acción Nacional. En tercer lugar, quiero afirmar que se puede ser creyente de la democracia y no simpatizar a la vez con ningún partido político. Se puede ser apartidista, jamás apolítico, si creemos en el pensamiento aristotélico, el hombre es sociable por naturaleza, de lo contrario el hombre sería una bestia o un semidios. En cuarto lugar, el comentario del novelista Enrique Serna demuestra la preocupación de Paz por abrir espacios democráticos desde los años sesenta cuando Carlos Madrazo había intentado primero democratizar al PRI y después combatió al sistema político al que perteneció

<sup>194</sup> Krauze, Enrique, “Por una democracia responsable”, *Letras Libres*, México, núm. 54, junio de 2003, p. 13.

desde una oposición en potencia (Partido Patria Nueva): “La tentativa democratizadora de Madrazo había despertado el entusiasmo de muchos intelectuales, entre ellos Octavio Paz, que vio en su caída un alarmante retroceso autoritario”.<sup>195</sup>

Sobre el liberalismo de Paz, como he dicho anteriormente, Krauze hace una clasificación, porque desde su perspectiva, el poeta no fue en todo liberal:

Su liberalismo es filosófico y literario más que histórico, jurídico y político. Por eso es injusto con el liberalismo mexicano del siglo XIX, y por eso también es injusto al omitir toda mención comprensiva respecto de Madero. La Constitución de 1857 y sus creadores, los hombres de la Reforma, no tenían otra opción más que la ruptura y lucharon con denuedo para impedir que el caudillismo —encarnado en Porfirio Díaz— desvirtuara la ley y los principios. Paz se quejó siempre de la falta de crítica en el siglo XVIII mexicano: pero esa crítica existió en los hechos, prematura y frustrada en los jesuitas ilustrados, y mucho más sólida en las leyes, instituciones y escritos de los liberales.<sup>196</sup>

A diferencia de lo que sostiene Krauze, afirmo que Paz sí fue liberal también en lo histórico, lo jurídico y lo político. El poeta no simpatizaba con los liberales mexicanos del siglo XIX por una sencilla razón, su “liberalismo” fue autoritario y no democrático. Independientemente de lo que dice el actual director de la revista *Letras libres*; hubo algunas leyes, prácticas e instituciones “liberales” que fueron contrarias a la Constitución liberal de 1857. Juárez fue también un caudillo y su política no favoreció a los pueblos indígenas mexicanos, por eso Paz fue muy crítico de Juárez y su generación. El autor de *Salamandra* no fue injusto con los liberales del siglo XIX, porque paradójicamente quienes

<sup>195</sup> Serna, Enrique, “El candidato de la extorsión”, *Letras libres*, núm. 90, México, junio de 2006, p. 45.

<sup>196</sup> Krauze, Enrique, “La soledad del laberinto”, *Anuario de la Fundación Octavio Paz*, México, núm. 3, 2001, p. 112.

fueron injustos con México fueron los liberales. Los conservadores tampoco pasan la prueba democrática.

En una entrevista con Krauze, Paz reafirma su carácter liberal en lo político y critica a la vez al liberalismo mexicano del siglo XIX: "... el liberalismo fue una triple negación: negación del pasado indígena, negación del pasado español y negación del catolicismo".<sup>197</sup> En otras palabras, el liberalismo mexicano, más aún el que dominó la segunda mitad del siglo antepasado, negaba a México y pretendía al mismo tiempo la modernidad con base en el modelo estadounidense.

Con respecto a Madero, no entiendo la razón por la que Krauze considera que "Paz es injusto al omitir toda mención comprensiva respecto de Madero" cuando precisamente el poeta si bien no fue un ferviente seguidor del político norteño, las veces que se refirió a su persona fueron más bien positivas. Dos ejemplos. El primero cuando Paz escribe: "La elección de Madero, al otro día de una revolución triunfante, fue una suerte de estallido de entusiasmo popular. Fue la confirmación, incluso podría decirse: la consagración, de los sentimientos populares ante una figura ejemplar".<sup>198</sup> El segundo ejemplo: "La democracia no puede vivir sin la oposición, pero una oposición ciega puede destruirla. El ejemplo de Madero es una advertencia; cayó víctima de una oposición obtusa y malévol".<sup>199</sup>

Octavio Paz mantuvo en toda su trayectoria como escritor una lúcida y constante crítica del poder, de sus usos y sobre todo de sus abusos. Los poetas forman una clase humana peculiar: guardan celosamente su independencia pero a la vez colaboran con pasión y también con eficacia en labores de representación y por supuesto de cultura. Pienso en la diplomacia, algo con que Paz y otros poetas con sus buenos oficios políticos y culturales han distinguido a México. De la independencia que debe guardar el

<sup>197</sup> Citado por Krauze, Enrique, *Personas e ideas*, México, Vuelta, 1989, p. 187.

<sup>198</sup> Paz, Octavio, *Obras completas, cit.*, t. 14, p. 238.

<sup>199</sup> *Ibidem*, p. 286.

escritor-intelectual frente al poder según Octavio Paz, me ocuparé más adelante. Empero, advierto que Paz a pesar de equivocarse en pocas ocasiones, sus aciertos en el orden político tienen que ver con sus reflexiones autónomas, porque no fue un autor pagado o un intelectual orgánico al servicio del poder.

No obstante, el poeta por naturaleza se rebela incluso a su naturaleza humana, por lo menos la que describe Aristóteles en el primer libro de su genial obra *La Política*, en el sentido de que unos hombres nacieron para mandar y otros para obedecer. De ahí que cite una parte del poema *Las ineptitudes de la inepta cultura* de Hugo Gutiérrez Vega, jurista que tuvo una interesante carrera como diplomático, hombre de letras, funcionario universitario, talentoso orador y quien ganó el Premio Nacional de Poesía en 1976. Estoy convencido de que Octavio Paz hubiera suscrito lo siguiente:

El poeta romántico encontró  
que el mundo está dividido  
en dos mitades irreconciliables:  
la de los que mandan  
y la de los que obedecen.

Pensó que los poetas románticos  
debían inaugurar una tercera mentalidad:  
la de los que no mandan  
y se niegan a obedecer.<sup>200</sup>

Más aún, Octavio Paz desde su poesía nos da a conocer el valor de la conversación, ésta sin duda necesaria en todas las relaciones humanas. Precisamente uno de los defectos del viejo sistema político mexicano —que se niega a morir y por tanto impide el nacimiento franco del nuevo sistema político— es la falta de acuerdos derivada de la imposición vertical típicamente

<sup>200</sup> Gutiérrez Vega, Hugo, *Las peregrinaciones del deseo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 102.

autoritaria. En las dictaduras y las democracias deficientes no hay conversación ni diálogos fructíferos, sino lo contrario, emisiones de monólogos, en una palabra, sordera mutua de los participantes.

El poema *Conversar* no sólo es bello es también profundo:

En un poema leo:  
 conversar es divino.  
 Pero los dioses no hablan:  
 Hacen, deshacen mundos  
 mientras los hombres hablan.  
 Los dioses, sin palabras,  
 juegan juegos terribles.

El espíritu baja  
 y desata las lenguas  
 pero no habla palabras:  
 habla lumbre. El lenguaje,  
 por el dios encendido,  
 es una profecía  
 de llamas y un desplome  
 de sílabas quemadas:  
 ceniza sin sentido.

La palabra del hombre  
 es hija de la muerte.  
 Hablamos porque somos  
 mortales: las palabras  
 nos son signos, son años.  
 Al decir lo que dicen  
 los nombres que decimos  
 dicen tiempo: nos dicen,  
 somos nombres del tiempo.  
 Conversar es humano.<sup>201</sup>

<sup>201</sup> Paz, Octavio, *El fuego de cada día*, México, Seix Barral, 1995, p. 307.

Adicionalmente al poema, Paz escribió al respecto: “El verdadero fundamento de la democracia es la conversación: la palabra hablada”.<sup>202</sup>

A pesar del carácter autoritario del sistema político mexicano emanado de la Revolución la poesía en general fluyó con libertad, en particular las letras poéticas de Paz no fueron prohibidas y tampoco el poeta fue perseguido por su poesía. Aún así, la libertad de expresión fue durante mucho tiempo un mito y las censuras fueron una práctica común que los intelectuales, académicos, periodistas, comunicadores y opositores políticos sufrieron en México.

Paz rompió con el monopolio y el mito que ejerció la izquierda durante décadas: para ser intelectual hay que ser de izquierda. Más aún fue un intelectual preocupado por la concentración de las tierras en pocas manos y con acento zapatista escribió: “El latifundismo del régimen porfirista fue una consecuencia de la reforma liberal”.<sup>203</sup>

Por lo visto ni la Revolución mexicana salvó al campo del desastre y tampoco el neoliberalismo logró sacar adelante a los campesinos mexicanos. La emigración de cientos de miles de mexicanos hacia Estados Unidos en las últimas décadas corrobora lo anterior. Ellos —como dicen los sociólogos— votaron con los pies. Ni siquiera la posibilidad legal para votar desde el extranjero en las elecciones de 2006 les pareció interesante a los millones de mexicanos que viven fuera del país; sin embargo, hay trimestres económicos donde en México se reciben más divisas por las remesas que por la venta de petróleo en el mercado internacional.

La Revolución cubana fue objeto de estudio y crítica por parte de Paz. En realidad el poeta tuvo desconfianza de Fidel Castro casi desde el principio como la tuvo Edmund Burke de la Revolución francesa. Por Rafael Rojas sabemos que Paz visitó dos

<sup>202</sup> Paz, Octavio, *México en la obra de Octavio Paz*, cit., t. I, p. 620.

<sup>203</sup> *Ibidem*, p. 245.

veces La Habana, la primera en 1938 y la segunda en 1956, antes del triunfo revolucionario. Octavio Paz no volvió a la patria de Martí, es decir, no puso un pie en la Cuba socialista. Empero, eso no significó que Paz dejara de estar informado de los acontecimientos culturales, económicos, sociales y políticos de Cuba. Para muchos en América, Fidel Castro es un ídolo. No obstante el sistema antidemocrático, monolítico y dictatorial, la Revolución cubana mantiene aún muchos seguidores —más fuera que dentro de Cuba— aunque el mismo Fidel es ya una estatua de sal y la Revolución se ha petrificado, los mitos de la Revolución son respiradores artificiales. Es evidente que la revista *Vuelta* y los libros de Octavio Paz no circularon libremente en Cuba y la *nomenklatura* no veía con simpatía al poeta. A diferencia de lo que ocurrió con Paz, Gabriel García Márquez, ha sido uno de los principales y más entusiastas apologistas del régimen cubano. Las palabras del colombiano en el prólogo del libro *Habla Fidel* de Gianni Miná y su amistad prolongada en el tiempo con el dictador son pruebas irrefutables de la incondicionalidad del ganador del Premio Nobel de Literatura 1982 para un régimen que en un tiempo abre espacios sociales como la educación y la salud y en otro cierra espacios políticos democráticos y viola derechos humanos de manera sistemática.

Paz ha escrito sobre la Cuba revolucionaria, cuestiones controvertidas y sumamente interesantes. Destaco dos. La primera tiene que ver con lo que reflexionó en *Itinerario* y que está vinculado con el artículo del escritor cubano Rafael Rojas “El gato escaldado. Viaje póstumo de Octavio Paz a La Habana”. Dice el escritor mexicano:

Los socialismos de los países subdesarrollados fueron, desde el punto de vista de la teoría, un contrasentido y, desde el de la política y la economía, un desastre colosal. No dejaron sino ruinas. El caso más notable —tristemente notable— es el del régimen de Castro. Comenzó como un levantamiento en contra de una dictadura; por esta razón, así como por oponerse a la torpe polí-

tica de los Estados Unidos, despertó grandes simpatías en todo el mundo, principalmente en América Latina. También despertó las mías aunque, gato escaldado, procuré siempre guardar mis distancias. Todavía en 1967, en una carta dirigida a un escritor cubano, Roberto Fernández Retamar, figura prominente de la Casa de las Américas, le decía: soy amigo de la Revolución cubana por lo que tiene de Martí, no de Lenin. No me respondió: ¿para qué? El régimen cubano se parecía más y más no a Lenin sino a Stalin (modelo reducido).<sup>204</sup>

La segunda cuestión tiene que ver con la crítica que hizo Paz al neosandinismo inspirado en el régimen de Castro en Frankfurt en 1984 cuando se refirió al triunfo popular nicaragüense contra Somoza en julio de 1979:

El levantamiento fue nacional y derrocó a la dictadura. Poco después del triunfo, se repitió el caso de Cuba: la revolución fue confiscada por una élite de dirigentes revolucionarios... Los actos del régimen sandinista muestran su voluntad de instalar en Nicaragua una dictadura burocrático-militar según el modelo de La Habana. Así se ha desnaturalizado el sentido original del movimiento revolucionario.<sup>205</sup>

Respecto a la primera cuestión cubana, el análisis de Rafael Rojas es oportuno:

A principios de los sesenta, Paz confesó su deseo de viajar a La Habana... a Roberto Fernández Retamar, quien llegó a invitarlo en tres ocasiones... pero Paz siempre declinó aquellas invitaciones. Después del encarcelamiento y juicio del poeta Heberto Padilla, el autor de *Libertad bajo palabra* no sólo se alejó de todos los intelectuales cubanos que intervinieron o justificaron aquel auto de fe stalinista, sino que decidió no viajar a Cuba mientras persistiera el régimen de Fidel Castro y se acercó cada vez más, a

<sup>204</sup> Paz, Octavio, *Itinerario*, cit., pp. 106 y 107.

<sup>205</sup> Paz, Octavio, *Pequeña crónica de grandes días*, cit., pp. 88 y 89.

escritores disidentes y exiliados como Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Lydia Cabrera y Reinaldo Arenas. Su denuncia, serena y constante, de cualquier orden totalitario, fuera de derecha o de izquierda, lo convirtió en una figura denostable para las élites cubanas.<sup>206</sup>

Respecto a la segunda cuestión cubana, quiero insistir en la intolerancia de un pequeño grupo de fanáticos que incendió la efigie de Paz, precisamente por su discurso en Alemania. Considero que el espíritu de aquel grupito es el mismo que ha puesto el retrato de Stalin en el Zócalo de la Ciudad de México con motivo de las protestas post electorales de 2006. ¿Por qué traer la imagen de un genocida y terrible dictador como Stalin al corazón de México? Agrego una cuestión adicional sobre la Cuba dominada y sometida por Castro desde enero de 1959 desde la óptica del poeta. Cuando Octavio Paz decidió no participar en el Coloquio de Invierno organizado por *Nexos* a principios de 1992 por los motivos expuestos en el capítulo anterior, escribió un artículo crítico y duro no sólo contra los organizadores del Coloquio que según Paz resultó ser un “Cuento de Invierno”, aprovechó para golpear con sus letras una vez más al régimen dictatorial cubano:

Para muchos de los participantes en la reunión de *Nexos*, la desaparición de la Unión Soviética significa no la victoria de los pueblos oprimidos en el antiguo imperio ruso sino el triunfo del capitalismo y del imperialismo de los Estados Unidos... Esta visión simplista apenas si necesita ser refutada. En primer término: ignora lo realmente decisivo, la victoria del sistema democrático. Ignora también que el apogeo del poder militar norteamericano coincide con su declinación económica y con una nueva distribución mundial de fuerzas y poderes. A la miopía histórica se junta la insensibilidad moral, la sequedad de corazón. Un leitmotiv del Coloquio fue la obstinada defensa del régimen de Cuba, precisamente mientras el

<sup>206</sup> Rojas, Rafael, “El gato escaldado. Viaje póstumo de Octavio Paz a La Habana”, *Anuario de la Fundación Octavio Paz*, México, núm. 1, 1999, p. 160.

gobierno de Castro fusilaba oponentes y encarcelaba a sindicalistas libres y a profesores universitarios.<sup>207</sup>

El poeta fue sumamente crítico con los gobiernos de Estados Unidos de América. El intelectual mexicano jamás estuvo de acuerdo en la invasión del ejército estadounidense en Vietnam y también reprochó las continuas intromisiones políticas y peor aún militares de Estados Unidos en diversos países del mundo y su descarada protección a dictaduras de derecha.

Paz consideraba que Estados Unidos experimentaba un doble rol: democracia hacia dentro y dictadura hacia fuera. La decadencia política de Estados Unidos en el siglo XXI que ya no vio Paz es determinante: los dos gobiernos de George W. Bush han tenido también hacia dentro rasgos autoritarios. En la patria de Franklin todavía se aplica la pena de muerte, se violan derechos como el de información y libertad de crítica después del 11 de septiembre de 2001, se ha justificado la tortura y los migrantes hispanoamericanos que han entrado ilegalmente han sido con ese pretexto maltratados.

En *Tiempo nublado*, Paz escribió sobre ese país:

La imagen de los Estados Unidos no es tranquilizadora. El país está desunido, desgarrado por polémicas sin grandeza, corroído por la duda, minado por un hedonismo suicida y aturcido por la gritería de los demagogos... Los Estados Unidos nacieron con la modernidad y ahora, para sobrevivir, deben enfrentarse a los desastres de la modernidad.<sup>208</sup>

Estados Unidos vivía en extrema tensión política y militar. La mal llamada guerra fría generó millones de muertos y la máxima potencia occidental no podía reponerse de la humillante derrota que le infringió Vietnam.

<sup>207</sup> Paz, Octavio, "La conjura de los letrados", *Vuelta*, México, núm. 185, abril de 1992, pp. 11 y 12.

<sup>208</sup> Paz, Octavio, *Tiempo nublado*, cit., p. 57.

Paz no guardaba ninguna simpatía por Ronald Reagan o George Bush y menos aún por sus gobiernos, los consideraba ignorantes en sí mismos y con respecto a los políticos europeos, de Felipe González dijo alguna vez que España tenía en su presidente un gran lector.

El poeta era alérgico al pragmatismo político estadounidense y a la demagogia de varios de sus gobiernos.

Por otra parte, para Octavio Paz, la diversidad de naciones y de religiones —coexistían los tres grandes credos monoteístas— dentro de la Unión Soviética representaba un enorme reto para el Estado totalitario ideológicamente ateo y según la Constitución de 1977 formalmente federal que integraba 15 repúblicas. Paz escribió en *Tiempo nublado* una especie de profecía, era 1983:

La historia del siglo XX no ha sido la historia de la lucha de clases sino la de los nacionalismos combatientes... el renacimiento del Islam, religión beligerante, es un hecho que ha marcado a nuestra época; es imposible que se detenga a las puertas de la URSS. El Estado burocrático ruso no ha logrado resolver ni la cuestión nacional ni la cuestión religiosa, dos cuestiones que son una y la misma para la tradición islámica. En un futuro no demasiado lejano el gobierno de Moscú tendrá que enfrentarse, dentro de sus fronteras, al triple reto del Islam: el religioso, el nacional y el cultural. En el interior de estas dos grandes contradicciones —la social y económica, la étnica y religiosa— proliferaron otras de orden lingüístico, cultural, político. Su acumulación es, a un tiempo, compleja y explosiva. El Estado ruso ha evitado hasta ahora el estallido por los dos medios usuales en todas las dictaduras: la represión y la desviación hacia el exterior de los conflictos internos... A la creciente presión social, la *nomenklatura* —como se llama en Rusia a la clase privilegiada— opone una rigidez también creciente. Así la sociedad vive bajo una doble amenaza: la petrificación o el estallido... La contradicción se encona aún más si se pasa de la metrópoli a los satélites. La solidez de la Unión Soviética es engañosa: el verdadero nombre de esa solidez es in-

movilidad. Rusia no se puede mover; mejor dicho, si se mueve aplasta al vecino o se derrumba sobre sí misma, desmoronada.<sup>209</sup>

Efectivamente, la contradicción se encontró más en un Estado satélite: *Deutsche Demokratische Republik* (República Democrática Alemana), y dentro de la RDA, la ciudad que más exigió una transformación política profunda fue Leipzig y de ahí que el influyente semanario alemán *Der Spiegel* la llamase *Hauptstadt der Revolution* (Capital de la Revolución). El derrumbe soviético comenzó el 9 de noviembre de 1989 cuando se cayó el muro de Berlín y éste en realidad dejó de servir como muro de contención de huida masiva en mayo de 1989 cuando Austria y Hungría abrieron sus fronteras. Desde allí empezaron a escapar del socialismo real, alemanes del Este. La fuga en seis meses fue de varios miles de personas. Cuando el muro de Berlín cayó, se vislumbraba ya un cambio profundo en la Unión Soviética, tan profundo que se transformó. Gorbachov quien llegó a la cúspide del poder en Moscú en marzo de 1985 fue echado literalmente de sus oficinas a finales de diciembre de 1991.

La Unión Soviética como predijo Paz, se desmoronó, pero la Rusia post soviética conserva un enorme poderío militar y mantiene prácticas autoritarias dentro del formalismo democrático y de un capitalismo semi salvaje.

Octavio Paz veía en el péndulo dictadura-anarquía un peligro. En México y el resto de Iberoamérica dicho péndulo forma parte de nuestra historia colectiva; cuando empezamos a entusiasmarnos por la celebración de procesos democráticos, pronto nos desilusionamos: pasó en Chile, de la democracia pasaron a la dictadura y de vuelta a la democracia. En Perú hubo también elecciones competidas en 1990 y ese país retrocedió con el autogolpe de Estado de Fujimori en 1992. Argentina vivió un golpe de Estado en 1976 que derivó en una dictadura militar y cuando los argentinos pensaban que la democracia les aliviaría sus pro-

<sup>209</sup> *Ibidem*, pp. 67, 68 y 83.

blemas, la gestión de Menem resultó terrible, y Brasil tuvo su descalabro con Collor de Mello. Venezuela después de tener una democracia estable, hoy vive el auge del caudillismo militar con fuentes petroleras y Colombia vive amenazada por el narcotráfico y la guerrilla. Centroamérica ha vivido constantemente en el péndulo dictadura-anarquía y sus procesos democráticos, salvo Costa Rica, han estado opacados también por múltiples problemas. México vive la ilusión de la democracia, esperando a que llegue *Godot*, pero las inercias autoritarias y los fantasmas del pasado entorpecen el sendero del desarrollo político, social y económico.

El fiel de la balanza y el remedio para los males autocráticos y anárquicos es sin duda la democracia. El autor de *Salamandra* creyó en la democracia, a pesar de sus imperfecciones, no hay hasta ahora un método mejor.

### III. LA INTERESANTE Y DIFÍCIL RELACIÓN ENTRE EL INTELLECTUAL Y EL POLÍTICO

Gobernar no es la misión específica del intelectual. El filósofo en el poder termina casi siempre en el patíbulo o como tirano coronado... El intelectual ante todo y sobre todo, debe cumplir con su tarea: escribir, investigar, pensar, pintar, construir, enseñar. Ahora bien, la crítica es inseparable del quehacer intelectual... Entonces el intelectual descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder y de los poderosos.

*Pasión crítica*

La relación entre el intelectual y el político además de ser interesante y muchas veces difícil, es prácticamente inevitable. Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Jorge Luis Borges, José Vasconcelos (mitad intelectual-mitad político), José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Alfonso Reyes, Agustín Yañez, José Revueltas, Rosario Castellanos, Antonio Gómez Robledo, Daniel Cosío Villegas, Carlos Fuentes, Jesús Reyes Heróles (ideólogo y máximo político-pensador del antiguo sistema político), Jaime Sabines y por supuesto el propio Octavio Paz son ejemplos de intelectuales que han tenido relación con el poder, ya sea como diplomáticos, secretarios de Estado, diputados o simplemente por recibir un reconocimiento seguramente merecido por su trayectoria de manos del que ejerce el poder. Algunos de ellos padecieron el poder. En la lista puedo agregar artistas notables: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, los grandes muralistas mexicanos. Sus obras no se entienden totalmente sin entender su relación con el poder. En música, el genio Beethoven tuvo relaciones con miembros de la nobleza europea y no siempre fueron gratas. Dimitri Shostakovich tuvo que sobrevivir a la dictadura de Stalin, a la invasión nazi y nuevamente a la dictadura de Stalin. La relación del gran músico nacido en San Petersburgo en 1906 con el dictador de origen georgiano fue sumamente difícil. Shostakovich temió más de una vez por su vida y era natural, después de todo millones de soviéticos vivieron bajo un régimen de terror. Balanchine nunca fue del agrado de la *nomenklatura* soviética.

Conozco pocos casos donde no ha habido una relación directa entre el intelectual y el poder. En México, Gabriel Zaid, una de las mentes más brillantes que ejerce con elegancia y precisión su oficio de escritor, no sólo no tiene fotos con ningún miembro de la clase política, no ha tenido ninguna relación con los políticos mexicanos. José Emilio Pacheco es tímido pero sí aparece en el escenario alguna vez. Un caso diferente fue el de Julián Marías, quien fue de los pocos intelectuales que permanecieron en España después de la guerra civil. No pudo ejercer la docencia y se man-

tuvo siempre apartado del dictador Franco. Cuando resurgió la democracia, Mariás no estuvo recluso en su estudio, se abrió como su país y su obra fluyó con la libertad que siempre mereció.

No es menos cierto que los intelectuales, escritores y artistas en general han cometido errores al relacionarse con el poder. Neruda en su fiebre comunista escribió una *Oda a Stalin* que en realidad es un homenaje. García Márquez no se ha cansado de apoyar al régimen de Castro. Borges tuvo varios resbalones con dictadores sudamericanos, su aproximación al dictador traidor Pinochet y su tibieza frente a la dictadura militar argentina le provocó serias críticas. Fuentes se quedó en el reduccionismo, reinventó el fascismo y lo tropicalizó en México y para huir de ese fantasma, se refugió en la demagogia de Echeverría. El propio Paz al apoyar las reformas de Carlos Salinas de Gortari comprometió su prestigio con un político poco confiable desde antes de que empezara su sexenio. Pues a pesar de todo, y de que sus errores fueron de distintas dimensiones y en diferentes circunstancias, los escritores mencionados son grandes por sus obras y nadie puede borrar sus legados culturales.

Si Marx alguna vez había dicho que los filósofos sólo han explicado el mundo y se trata en cambio, de transformarlo, hay que agregar, que no sólo filósofos, sino también literatos, historiadores, psicólogos, médicos psiquiatras, pintores, músicos, etcétera, han transformado el mundo. Octavio Paz con su obra ha cambiado literalmente el rostro de México, sobre todo con *El laberinto de la soledad* le quitó sus máscaras. México puede verse en la obra de Octavio Paz y estoy seguro que sus páginas todas escritas en el siglo XX, serán más recordadas en el presente siglo que los discursos de los políticos mexicanos. La historia como memoria ha registrado a Octavio Paz, no sólo sus poemas de largo alcance, sino también sus ensayos que han lucido como una conciencia socrática sobre una población anestesiada.

Con la visión sobre la relación de los intelectuales y el poder de Bobbio, probablemente comulgaría Paz. Dice el italiano:

La tarea del intelectual es la de agitar las ideas, evidenciar problemas, elaborar programas o solamente teorías generales; la del político es la de tomar decisiones... La función del creador de ideas es la de persuadir o disuadir, animar o desanimar, de expresar juicios, hacerse una opinión sobre las cosas. El político tiene la tarea de tomar de este universo de estímulos diversos —algunas veces opuestos, contradictorios— una línea de acción.<sup>210</sup>

Octavio Paz desde muy joven observó la relación entre los intelectuales y artistas con el poder, algo así como el vínculo entre arte y estética por un lado y la política estatal por el otro. No sólo eso, estudió la historia de esta relación: mecenazgos, cooptación, chantaje, presión, cooperación, mutuo respeto, libertad creadora y arte de protesta, muerte civil, represión, violencia e incluso indiferencia. De ahí que ya en su madurez como escritor reflexionara:

La palabra del escritor tiene fuerza porque brota de una situación de no-fuerza. No habla desde el Palacio Nacional, la tribuna popular o las oficinas del Comité Central: habla desde su cuarto. No habla en nombre de la nación, la clase obrera, la gleba, las minorías étnicas, los partidos. Ni siquiera habla en nombre de sí mismo: lo primero que hace un escritor verdadero es dudar de su propia existencia... La literatura desnuda a los jefes de su poder y así los humaniza. Los devuelve a su mortalidad, que es también la nuestra.<sup>211</sup>

Por otra parte, es importante el análisis de Ricardo Pozas Horcasitas a propósito de lo que escribió Paz sobre la relación entre el intelectual y el político:

La característica de la sociedad mexicana en donde el poder es no sólo un valor social sustantivo, sino también una forma de re-

<sup>210</sup> Bobbio, Norberto, “Los intelectuales y el poder”, *Nexos*, México, núm. 195, marzo de 1994, p. 37.

<sup>211</sup> Paz, Octavio, *El ogro filantrópico*, cit., p. 307.

lación entre los individuos, hace que los intelectuales tengan que redefinir su posición ante esta cultura del poder. En el caso de Octavio Paz, es claro por su trayectoria intelectual que se marca una doble relación: frente al Estado y sus instituciones y frente al gobierno y el *personaje* del Ejecutivo. El poeta plantea la participación de los intelectuales en el espacio del Estado, pero a condición de mantener la autonomía frente a *El Príncipe*. El intelectual es un ciudadano que ejerce su doble derecho de participar en el Estado, en la sociedad política, como miembro de la sociedad civil, a condición de mantenerse como intelectual crítico del gobierno que no cumple con sus obligaciones sociales en el gobierno del Estado.<sup>212</sup>

El escritor reforzó su tesis expresada en *El ogro filantrópico* en una entrevista concedida a Julio Scherer en 1993: “... los intelectuales, herederos de los clérigos: como ciudadanos pueden y deben participar en la vida política; como intelectuales, sus deberes son otros. La actividad del intelectual —ciencia, arte, literatura, filosofía— está referida a valores y objetos que están más allá de los partidos y sus luchas”.<sup>213</sup>

Octavio Paz fue poeta, intelectual, diplomático de carrera, ensayista, esteta, empresario cultural y político en el sentido aristotélico del término. Él estuvo inmerso en México, en su historia y sus artes, fue también un auténtico ciudadano del mundo que promovió la cultura y la paz como pocos lo hicieron en el terrible siglo XX.

<sup>212</sup> Pozas Horcasitas, Ricardo, “La libertad en el ensayo político de Octavio Paz”, *Vuelta*, México, núm. 237, agosto de 1996, p. 34.

<sup>213</sup> Paz, Octavio, *Obras completas*, cit., t. 15, p. 565.

IV. HACIA UNA TEORÍA GENERAL DEL ESTADO EN EL PENSAMIENTO  
FILOSÓFICO POLÍTICO DE OCTAVIO PAZ

Mis reflexiones sobre el Estado no son sistemáticas y deben verse más bien como una invitación a los especialistas para que estudien el tema. Ese estudio es urgente. Por una parte, el Estado mexicano es un caso, una variedad de un fenómeno universal y amenazante: el cáncer del estatismo; por la otra, será el administrador de nuestra inminente e inesperada riqueza petrolera.

*El ogro filantrópico*

¿Hay verdaderamente filosofía política en la vastísima obra de Octavio Paz? Mi contestación es sí, pero no es sistemática. Su teoría del Estado adolece por tanto de lo mismo.

El pensamiento filosófico político de Octavio Paz es rico en apreciaciones y sugerencias y se entiende a partir de sus vivencias y de sus lecturas, de sus observaciones y de sus anhelos, y aunque no ofrece propiamente una teoría del Estado sistemática, sí hay ideas y elementos para configurarla.

A la obra de Octavio Paz le pasa lo mismo que a la de José Ortega y Gasset: falta de sistema. Pero tanto una como otra se distinguen por su genialidad. En ambos casos, el estudioso que pretende armar esquemas tiene que buscar y discernir, entender los tiempos en que fueron escritas las reflexiones que sobre política realizaron los escritores aludidos. La carencia de sistema no es desorden, en sus casos sin duda excepcionales, sus aportaciones rompen las tradicionales clasificaciones. Ya nos había advertido Paz en *El arco y la lira*, que clasificar no es entender y es verdad.

Las aproximaciones de teoría del Estado y de filosofía política de Paz están fundamentalmente en las siguientes obras: *El laberinto de la soledad*, *Corriente alterna*, *Posdata*, *El ogro filantrópico*, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, *Tiempo nublado*, *Pasión crítica*, *México en la obra de Octavio Paz* en particular en el tomo I, *Sombras de obras*, *Pequeña crónica de grandes días*, *Itinerario* y *Convergencias*. La selección que hizo Yvon Grenier de la obra política de Paz en el libro *Sueño en libertad* es también de una enorme utilidad.

Por su liberalismo democrático, Octavio Paz está lejos de ser un anarquista o un agente del imperialismo estadounidense o un simpatizante de cualquier dictadura. Como ciudadano del mundo e intelectual, sabía perfectamente que las artes no pueden entenderse fuera del Estado pero: “Ningún prejuicio más pernicioso y bárbaro que el de atribuir al Estado poderes en la esfera de la creación artística”.<sup>214</sup>

Más adelante dice: “El poder político puede canalizar, utilizar y —en ciertos casos— impulsar una corriente artística. Jamás puede crearla. Y más: en general su influencia resulta, a la larga, esterilizadora. El arte se nutre siempre del lenguaje social. Ese lenguaje es, asimismo y sobre todo, una visión del mundo”.<sup>215</sup>

Lo dicho por Paz confirma que el gobierno del presidente Obregón en el que Vasconcelos fue secretario de Educación Pública, éste no creó ninguna corriente pictórica, sino que apoyó la proyección de los grandes artistas mexicanos de ese tiempo con fondos económicos y espacios públicos.

En la teoría del Estado de Paz es evidente que hay una preocupación por las artes, o dicho de otro modo, la necesaria unión entre estética y política:

Las relaciones entre el Estado y la creación artística dependen, en cada caso, de la naturaleza de la sociedad a que ambos perte-

<sup>214</sup> *Ibidem*, t. 1, p. 277.

<sup>215</sup> *Idem*.

necen. Más en términos generales —hasta donde es posible extraer conclusiones en una esfera tan amplia y contradictoria— el examen histórico corrobora que no solamente el Estado jamás ha sido creador de un arte de veras valioso sino que cada vez que intenta convertirlo en instrumento de sus fines acaba por desnaturalizarlo y degradarlo.<sup>216</sup>

En la literatura de Paz hay conciencia crítica y sensibilidad política. Además, el poeta como si fuese filósofo está en búsqueda como lo sentencia Aristóteles al inicio de su *Metafísica* de que el hombre tiende de manera natural al conocimiento. Así entonces Paz dice: “No es la primera vez que aludo a la necesidad de una filosofía política. En realidad, sobra el adjetivo político; casi todas las filosofías desembocan en una política”.<sup>217</sup>

Si el objeto de estudio de la teoría del Estado es precisamente conocer el Estado en su conjunto, su origen y sus fines, sus elementos y atribuciones, puedo afirmar que en la obra de Paz se cumple la expectativa pero con un énfasis cultural impresionante, porque el escritor mexicano fue un teórico especial del Estado y de la política. Él sabía perfectamente que las artes y la cultura no se pueden entender fuera del Estado.

Por eso considero que el retrato literario, filosófico y político que hizo Enrique Anderson Imbert sobre el destacado intelectual mexicano es exacto:

Comenzó como poeta comprometido con la realidad política. Eran los años de su angustia por las condiciones de vida en México y por la guerra civil en España. Para Paz, consciente de sí mismo y al mismo tiempo erigido en conciencia de su pueblo, la composición de un poema era una actividad revolucionaria. Después Paz, más atento al laboratorio experimental de las literaturas de vanguardia, revisó sus compromisos y descubrió que el compromiso que más le urgía era el de su libertad personal con

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>217</sup> Paz, Octavio, *Itinerario*, cit., p. 127.

las posibilidades creadoras de la palabra. Desde entonces los laberintos de la poesía lo atrajeron más que las ruinas del mundo. En *Libertad bajo palabra* (1949) fue evidente que a pesar de su preocupación social y aun de su militancia política Paz no echó raíces en ningún ismo, marxismo, surrealismo, idealismo, existencialismo, simbolismo, budismo, estructuralismo han sido para él meros paisajes en sus viajes de poeta alerta a todos los cambios. Con esos paisajes al fondo Paz avanzó sin distraerse.<sup>218</sup>

Mientras que Alfredo Roggiano tiene una percepción radicalmente distinta a la de Anderson Imbert:

El conjunto de la obra de Paz caracterizado por una tendencia naturalista y sensual, trasluce una ideología a un materialismo dialéctico, con una proyección relativista e historicista. De su poesía, que glosa los aspectos más fundamentales de la realidad, brota un escepticismo ácido no exento de ironía, que deja un regusto de amargura.<sup>219</sup>

Es claro, que los discursos pronunciados por el poeta, los artículos que publicó en revistas y periódicos varios, así como las entrevistas que concedió en los últimos lustros de su vida, son verdaderos suplementos políticos y en diversas ocasiones sus palabras encendieron polémicas duraderas.

De la obra de Paz se puede deducir que al igual que en el pensamiento filosófico político orteguiano, la teoría del Estado es en el fondo antropología. La influencia que ejerció Levi-Strauss en Octavio Paz queda demostrada en *Tiempo nublado* cuando escribe el poeta: “Los remordimientos de Occidente se llaman *Antropología*, una ciencia que nació al mismo tiempo que el imperialismo europeo y que lo ha sobrevivido”.<sup>220</sup>

<sup>218</sup> Imbert Anderson, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, t. II, p. 295.

<sup>219</sup> Roggiano, Alfredo, “Octavio Paz”, *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid, 1991, t. 18, p. 109.

<sup>220</sup> Paz, Octavio, *Tiempo nublado*, cit., p. 15.

El propio Paz reconoce explícitamente la influencia del famoso antropólogo cuando concedió una entrevista a César Salgado: “Levi-Strauss ha dicho que la antropología es la expresión de los remordimientos de Occidente. Pero mi interés por la antropología no es moral. En mi caso no fue el remordimiento sino la fascinación ante el *otro* y los *otros* que somos”.<sup>221</sup>

Dicho de otra manera, el fundamento filosófico principal del Estado es el ser humano. La filosofía política de Paz tiene influencia de antropólogos. No sólo Levi-Strauss, también Marshall Sahlins y Pierre Clastres están presentes en las reflexiones del poeta.

En cuanto al origen del Estado, Paz nunca se refiere a la tesis aristotélica de que el hombre es sociable y político por naturaleza. Por sus reflexiones, en particular en *Tiempo nublado* y en *Pequeña crónica de grandes días*, el lector puede inferir que Paz, con bases antropológicas de los autores mencionados, se acerca más a la teoría del pacto social de Hobbes contenida en *El Leviatán*.

En *Tiempo nublado* afirma Paz:

La más franca justificación de la necesidad del Estado la dio Hobbes: *puesto que la condición humana es la de la guerra de todos contra todos*, los hombres no tienen más remedio que ceder parte de su libertad a una autoridad soberana que sea capaz de asegurar la paz y la tranquilidad de todos y de cada uno. Sin embargo, Hobbes admitía que la condición de súbdito es miserable... el ideal de la democracia puede definirse sucintamente así: un pueblo fuerte y un gobierno débil.<sup>222</sup>

¿Realmente el hombre es el lobo del hombre como pensaba Hobbes?

¿No es mejor decir que el hombre es el hombre del hombre? En la compleja condición humana están tanto el instinto de conservación como el de violencia. Es verdad que hay comporta-

<sup>221</sup> Paz, Octavio, *Obras completas*, cit., t. 15, p. 531.

<sup>222</sup> *Ibidem*, p. 16.

mientos humanos bestiales, pero no es menos cierto que no todos los seres humanos, a pesar de nuestra *naturaleza caída* —que la reconoce Paz— tenemos que bestializarnos.

En *Pequeña crónica de grandes días*, el poeta ha dicho:

El *status naturae* no era sinónimo de inocencia: los hombres del comienzo eran, como nosotros, naturaleza caída. Hobbes fue más allá y vio en el estado de naturaleza no a la imagen de la concordia y la libertad sino a la de la injusticia y la violencia. El Estado nació para defender a los hombres de los hombres... La función del Estado es doble y contradictoria: preserva la paz y desata la guerra. Esta ambigüedad es la de los seres humanos.<sup>223</sup>

Si es verdad que la función del Estado es defender a los hombres entre sí, entonces la teoría de Hobbes quedó en hipótesis, porque el Estado contemporáneo no ha sido garante de la paz y la seguridad. ¿El Estado es el lobo del hombre?

El escritor contestaría a la pregunta anterior de manera afirmativa, ya que: “No debemos olvidar que el gran terrorista del siglo XX ha sido el Estado”.<sup>224</sup>

Todas las bandas terroristas del siglo XX, independientemente de sus causas, sus propósitos e ideologías, son repugnantes. Empero, hay algo peor que el terrorismo, el terrorismo de Estado. En el siglo XXI que ya no vio Octavio Paz, las prácticas terroristas han sido superadas por el terrorismo estatal desde La Casa Blanca en diversos periodos, pero más desde el inicio del tercer milenio cristiano: mentiras oficiales, violaciones a los derechos humanos, invasión ilegal y por encima del derecho internacional y del marco jurídico interno de Naciones Unidas en contra de dos países soberanos: Afganistán e Iraq. ¿Quién armó militarmente a las clases dirigentes de esos países antes de 2001? ¿Cuántos muertos ha causado el terrorismo y cuántos el terrorismo de Estado en el siglo XX e inicios del siglo XXI?

<sup>223</sup> *Ibidem*, pp. 83 y 84.

<sup>224</sup> Paz, Octavio, *Pasión crítica*, cit., 1985, p. 251.

Paz no fue un convencido total de la filosofía política de Hobbes. Por su obra en general, considero que el poeta está más cerca de la noble postura de Kant en relación a que el hombre es un fin en sí mismo. Y precisamente porque el escritor mexicano es un creyente de la libertad y de la democracia, el esquema del autor inglés no coincide totalmente con la teoría general del Estado de Paz, porque Hobbes fue un teórico del absolutismo monárquico y del mecanicismo, este último inaceptable para Paz, precisamente por su credo libertario.

El autor de *Posdata* sabe muy bien que el Estado contemporáneo no ha resuelto el problema de la guerra. Aún así no se deja convencer por las teorías anarquistas. ¿Si el Estado nunca debió haber existido y su ruta histórica ha sido un desastre, por qué no darnos a la tarea de desmantelarlo de un solo golpe y nos evitamos el proceso dialéctico hegeliano-marxista? El desprestigio del Estado como institución va en aumento, pero abolir el Estado es imposible, porque el ser humano tendría que cambiar de condición. No podemos vivir sin autoridades, leyes, instituciones, división del trabajo y clases sociales. Podemos mejorar todo eso, pero abolir el Estado y vivir en la sociedad comunista desprovista de todo aquello es imposible y Paz estaba consciente de eso. Por dicha razón el poeta no fue en estricto sentido anarquista y tampoco comunista.

Paz quiere ser preciso en cuanto al derrumbe del socialismo real en Europa:

No estoy de acuerdo en llamar *fin de las utopías* al fin de las dictaduras comunistas. El derrumbe del comunismo fue el derrumbe de un régimen opresor, no de una utopía. Marx dijo siempre que el socialismo suyo no era utópico sino *científico*. Pues bien, lo que se ha acabado es el socialismo científico. El marxismo no es una ciencia sino una hipótesis y muchos de sus supuestos esenciales han resultado falsos.<sup>225</sup>

<sup>225</sup> Paz, Octavio, “América en plural y en singular. Los nacionalismos y otros bemoles”, *Vuelta*, México, núm. 195, febrero de 1993, p. 28.

Paz tiene razón y no, sí la tiene porque el marxismo es una hipótesis y sus expectativas han resultado falsas y defectuosas: donde se supondría que se aminoraría la presencia del poder político, se incrementó a grado extremo que todo Estado socialista ha sido totalitario. No tiene razón al confundir socialismo y comunismo y por eso se equivoca al considerar que un régimen comunista es posible, es decir, le da validez histórica y ontológica, pero el comunismo nunca ha existido, es una utopía. Según Marx y Engels el comunismo será la etapa final del proceso del materialismo dialéctico: una sociedad sin Estado, sin derecho, sin clases sociales, sin autoridades ni división del trabajo, sin religión de ningún tipo ni familias, sin propiedad privada, una sociedad desprovista de historia. La historia muere porque cesaría la lucha de clases que es su motor.

El comunismo marxista es y será una utopía, pero los regímenes que se han derivado del pensamiento de Marx, Engels y Lenin han sido reales, tan reales como la opresión que ha conducido a millones de personas a la muerte violenta. Si para Lenin el hombre sólo sería libre fuera del Estado, es decir, cuando el Estado desapareciese de la faz del planeta Tierra, la verdad histórica es que el hombre ha vivido más oprimido que libre dentro del Estado, más aún en el socialista que en el capitalista.

La filosofía política de Octavio Paz está más cerca de Hannah Arendt que de la Escuela de Frankfurt, más cerca del pensamiento de Immanuel Kant que el de Friedrich Hegel, se identificó más con Voltaire que con Rousseau, más cerca de José Ortega y Gasset que Miguel de Unamuno. La concepción del Estado de Paz está más cerca de Johann Fichte y Enrico Pestalozzi, quienes postulaban el Estado educador y más lejos de cualquier mecanismo de represión; está más cerca de las utopías del Renacimiento de Moro y Campanella y del socialismo utópico de Fourier que de los anarquistas Bakunin y Kropotkin quienes proponían la abolición del Estado de manera violenta sin procesos sociales, económicos y políticos previos: de un solo golpe. Paz estuvo más cerca de la socialdemocracia y muy lejos del socialismo totali-

tario, más cerca del liberalismo de José María Luis Mora que el de Benito Juárez. El poeta no se apartó totalmente de los temas jurídicos, aunque nunca tuvo una posición normativista estricta y por eso estuvo más cerca de John Rawls que de Hans Kelsen; más cerca de la filosofía política de Bobbio y apartada de la teoría de Carl Schmitt; más cerca de la concepción económica de Keynes que la de Milton Friedman. La influencia de los antropólogos Marshall Sahlins y Pierre Clastres le permiten también entender *El Leviatán* de Hobbes, mas no se convierte en su seguidor incondicional. Paz admiraba a Buda y simpatizó con algunas de las ideas de Schopenhauer. Su visión del poder está cerca de Romano Guardini y muy lejos de Nicolás Maquiavelo.

En *Itinerario* nos dice Octavio Paz que para hacer filosofía política se necesita primero leer y entender a los clásicos de la literatura universal. En este sentido, primero los trágicos griegos, Cervantes, Shakespeare y Dostoievsky que Aristóteles; antes Dante y Balzac que Maquiavelo, Hobbes y Max Weber. Esto no deja de ser discutible y polémico; sin embargo, hay que insistir en que la literatura en todas sus formas es muy útil para hacer filosofía política.

Si bien Octavio Paz no se refirió de manera explícita al tema del bien público temporal como fin supremo del Estado, estoy convencido de que del pensamiento del poeta se puede inferir: el bien público temporal es impensable sin las siete bellas artes y la cultura. El Estado sin artes y cultura es un sitio vacío que no tendría sentido. Más aún no puede haber bien público temporal si no hay justicia social. Paz no se quedó atrapado en las nubes dialogando con las musas, tenía suficiente sensibilidad y valor civil para repudiar la injusticia social existente en todo el mundo, incluido México por supuesto.

El poeta fue muy crítico también de dos aspectos que la filosofía política estudia: los nacionalismos y las ideologías. De los primeros ha dicho:

(El nacionalismo) es una realidad histórica muy antigua y que ha resistido a todos los cambios de nuestras sociedades. El nacionalismo puede ser destructor o creador. Ha sido el origen de muchas tiranías y el responsable de las guerras de la edad moderna. También le debemos casi todas nuestras instituciones, entre ellas la mayor de todas: El Estado-nación. La lengua, la literatura, las artes, las costumbres y, en fin, todo lo que llamamos cultura, sin excluir a la misma ciencia, es la consecuencia de un hecho básico, primordial: las comunidades humanas, las naciones. Newton y Shakespeare son impensables sin Inglaterra, como Petrarca y Galileo sin Italia o Racine y Descartes sin Francia. Este fin de siglo ha sido el de la desaparición de una ideología internacional, el comunismo, y el de la reaparición de las pequeñas nacionalidades. Es el regreso de realidades que parecían enterradas desde el nacimiento de la edad moderna. La resurrección de las pequeñas naciones es un hecho admirable por más de un motivo; casi todas ellas nacieron en la Edad Media y han logrado preservar su identidad a pesar de más de cinco siglos de dominación de los grandes Estados nacionales. A su vez, el Estado-nación, gran creación de la modernidad, revela hoy sus límites y sus insuficiencias. Para perdurar, tendrá que modificarse substancialmente. En el interior, tiene que hacer frente a una vieja realidad: el regreso de las pequeñas naciones; en el exterior debe enfrentarse a una nueva realidad: la emergencia de la Comunidad Europea. Ambas exigen una limitación de las soberanías nacionales.<sup>226</sup>

Los nacionalismos subsisten: en el fútbol y en las guerras, pero también en las fiestas y en las tradiciones populares. La mundialización económica no termina con el nacionalismo.

Aunque el término *ideología* significa en griego antiguo la lógica de las ideas, para Paz la ideología es algo que ha contaminado a la política y al Estado. Las más terribles dictaduras han estado fundadas en ideologías violentas y despiadadas: el nazismo y el comunismo. Empero, también ha habido violaciones a los

<sup>226</sup> Paz, Octavio, "Respuestas nuevas a preguntas viejas", *Vuelta*, México, núm. 192, noviembre de 1992, p. 14.

derechos humanos por dictaduras pragmáticas desprovistas de ideas. La misma Revolución mexicana, como ha dicho Paz, no tenía ideología porque apenas tenía ideas. A diferencia del poeta, considero que es importante revisar y exigir a los partidos políticos y gobiernos que den a conocer claramente sus ideologías (en el sentido griego) para que los electores y gobernados podamos entender mejor sus propuestas y acciones.

Octavio Paz no fue un entusiasta seguidor de la teoría liberal de Adam Smith, pero no niego el valor del mercado en la sociedad. En esto, como en lo anterior es también crítico:

El mercado libre es el motor de la economía. Sin mercado, la economía se paraliza. Pero el mercado es un mecanismo ciego y que produce automáticamente muchas desigualdades, injusticias y horrores. La historia económica moderna de Europa y de los Estados Unidos es la historia de las continuas correcciones que se han hecho al mercado libre... En el futuro próximo será también decisiva la influencia de los consumidores. Concibo el mercado como una democracia. Así como la democracia política está regulada por la división de poderes, el mercado debe ser regulado por los empresarios, los obreros, los consumidores y el Estado.<sup>227</sup>

El autor de *El laberinto de la soledad* estaba por supuesto en contra de los monopolios económicos y políticos, precisamente porque su naturaleza es profundamente antidemocrática y antipopular.

Paz estaba mucho más cerca de la España de María Zambrano que de la famosa *Pasionaria*, más cerca de la izquierda española de Felipe González que de la izquierda mexicana de Cuauhtémoc Cárdenas.

La teoría del Estado *paziana* no es tradicional, es muy diferente a los textos clásicos de Hermann Heller, Jean Dabin, Carré de Malberg, Alessandro Groppali, Giorgio del Vecchio e incluso

<sup>227</sup> Paz, Octavio, “América en plural y singular. El baile de los enmascarados”, *Vuelta*, núm. 194, enero de 1993, pp. 15 y 16.

a los trabajos de Héctor González Uribe, Francisco Porrúa Pérez, José López Portillo y Jesús Reyes Heróles por citar sólo los más importantes.

¿Cuál es el fundamento del Estado? ¿Cuál es su causa eficiente? El ser humano. Puede ser una niña, como la que concibió Paz en el poema que se titula “Niña” publicado en *Salamandra*, y que es otro al dedicado a su única hija ¿A quién se lo dedicó entonces?

Entre la tarde que se obstina  
y la noche que se acumula  
hay la mirada de una niña.

Deja el cuaderno y la escritura,  
todo su ser dos ojos fijos.  
En la pared la luz se anula.

¿Mira su fin o su principio?  
Ella dirá que no ve nada.  
Es transparente el infinito.

Nunca sabrá lo que miraba.<sup>228</sup>

¿Quién es esa niña? El espíritu de esa niña puede ser el de Anna Frank que murió en un campo de concentración nazi o quizá el de la joven Sophie Scholl quien fue decapitada por participar en el movimiento *Rosa Blanca* contra Hitler en 1943 en la Universidad de Munich, o el de todas las niñas fallecidas en los bombardeos en Guernica, Varsovia, Rotterdam, Londres, Leníngrado, Dresden, Hiroshima o también en algún lugar de Afganistán o Iraq, o en un atentado terrorista en Madrid, Nueva York, Belfast, Tel Aviv o Beirut.

La niña puede ser nuestro futuro, el bien público temporal que anhela el Estado democrático y que no ha alcanzado.

<sup>228</sup> Paz, Octavio, *Salamandra*, cit., p. 36.

La poesía de Paz está conectada con la teoría del Estado, la mejor prueba es que está reinserta en *La República* de Platón. El poeta a través de su obra ha construido una interesante *Paideia* como la describió el filósofo alemán y estudioso de los griegos, Werner Jaeger.

Para Hugo Gutiérrez Vega, Octavio Paz: “Es el gran ordenador de la poesía mexicana... La poesía, por una parte, festeja al mundo y los alimentos terrenales y, por otra, anuncia la presencia de la muerte”.<sup>229</sup>

La teoría del Estado de Octavio Paz está cimentada en filosofía, cultura, historia y antropología y tejida con poesía.

<sup>229</sup> Gutiérrez Vega, Hugo, “Diez aspectos de la poesía de Octavio Paz”, *La Jornada Semanal*, México, núm. 688, 11 de mayo de 2008, p. 2.